

UNA NOVELA DE TERROR Y DE AMISTAD

Verónica Álvarez Rivera

ILUSTRACIONES DE **Alberto Pez**



UNA NOVELA DE TERROR

Y DE AMISTAD

Verónica Álvarez Rivera

ILUSTRACIONES DE **Alberto Pez**



Para mi hermano Aníbal, fotógrafo, que me invitó a mirar Puerto Madryn a través de sus imágenes maravillosas. Y a Paola Darczuk, que me llevó a conocer sitios encantados.

A las bibliotecarias de las escuelas de Puerto Madryn, que impulsan la lectura con pasión y vocación. Gracias, Noemí, Inés, Virginia, Rita, Viviana, Sara y Mariana, entre tantos docentes y mediadores de literatura infantil



y juvenil que aportaron información para que esta novela sea, además, un recurso para conocer la historia de los colonos galeses y el pueblo tehuelche.

A mis editores de Planeta, Majo y Fernando, por la confianza y la generosa intervención de los textos, siempre amorosa y respetuosa para con esta, mi primera novela.

A mi mamá Nelia, maestra de maestras; a mis hijas Julieta y Victoria; a mi nieta Nina.

Esa mañana llegamos al cole, nuestro querido Los Robles, como pudimos.

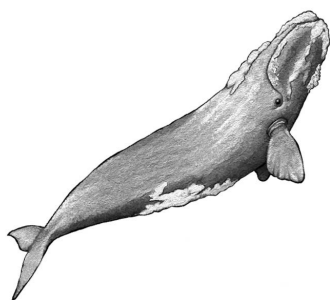
Nerviosos, apurados, dormidos, agotados. No solo nosotros, los alumnos y alumnas del Instituto, las familias también.

Los directivos, secretarías, docentes y auxiliares eran la excepción, para ellos comenzaban dos semanas de vacaciones y se veían ansiosos y contentos.

Era el mes de julio, y el último día de clases antes del receso escolar de invierno. Ese año, el último del nivel primario, nuestra clase viajaba a Puerto Madryn: el comienzo de una experiencia que jamás íbamos a olvidar.

I

UN
CURSO
INTENSO



Es cierto que somos pocos, solo quince. La Directora dice y repite que no entiende cómo podemos ser tan intensos. Que en el colegio de la tarde tiene un grupo de treinta y seis alumnos que en comparación son unos angelitos de Dios.

Por eso la cosa venía complicada. Para Cucho y Agustín especialmente. De las “medidas reparadoras” pasaron a las amonestaciones sin escalas, porque en el recreo largo de la primera semana de clases se agarraron a las trompadas en el patio grande. Todo se puso tenso, y arrancamos mal. Porque la pelea dividió a la clase, algunos se pusieron del lado de Cucho y otros del lado de Agustín. Por convicción, por diversión o de puro inmaduros que somos, se armaron dos bandos y las discusiones, cargadas de ironías, iban y venían.

Y esa cuestión llevaba cuatro meses y medio e iba en escala.

—Facundo, ¿podés largar ese cuadernito y darme bola un minuto, eh? —Cucho me desconcentró. Sabía que cuando me ponía a escribir me desconectaba.

Era el primer recreo de esa mañana. Cerré el “cuadernito”, como le decía mi mejor amigo a mi herramienta para volcar pensamientos, emociones y lo que seguramente serían mis recuerdos de una adolescencia que estaba carreteando en la cabecera de pista hacia un futuro que me entusiasmaba y asustaba a la vez...

El tono era medio de “reto”, porque me llamó por mi nombre completo, Facundo, cuando en realidad soy Facu para todo el mundo.

—No me metas en problemas, Cuchito. Lo tuyo con Agus me tiene hartó. Ya no tengo ni la más remota idea de por qué pelean todo el tiempo. Desde quinto grado están así, loco, paren un poco. Se vienen las vacaciones de invierno, armemos plan de salidas y que cada uno se junte con quien quiera.

—No, Facu, no entendés que a mí Agustín me la tiene jurada. Yo no tengo la culpa de que Sofía guste de mí. Yo no la busqué. Se dio y punto. Que sea su hermana melliza es su problema. Pero que no me venga con esos celos de “hermano cuida” porque lo usa de excusa, lo que realmente le da bronca es

que siempre me eligen capitán del equipo de fútbol —resopló—. Que se la banque el patadura.

Y terminó de descargar su furia pateando de puntín una piedrita que salió disparada al infinito en la perfecta órbita hiperbólica que era su sello de fábrica en cada tiro libre. Porque Cucho era el goleador del equipo de fútbol mixto de nuestro colegio. Y ese mérito, por ahora, no se lo quitaba nadie.

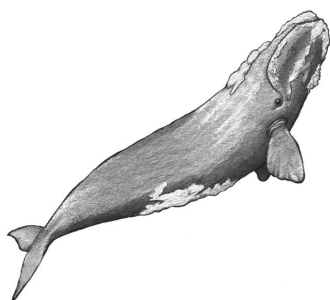
—¿Terminaste el monólogo? —le dije mientras le daba una palmada en el hombro—. No te enganches. Te vas a perder el viaje de estudios en agosto. En serio, *bro*, el que se enoja pierde —agregué y le volví a dar una palmada en la espalda.

Al viaje a Puerto Madryn, iríamos los quince, más la profesora Quintana de Sociales; Antonio, el profe de Ciencias Naturales; y la seño Amalia, que daba Lengua y Literatura, y era la que año tras año organizaba la “Odisea del Roble”, como llamaban a la excursión en la Sala de Maestros. Primero había que conseguir el mejor precio para los pasajes y alojamiento. El objetivo era que todas las familias pudieran costear el viaje, y, si alguna tenía inconvenientes económicos, se resolvía el asunto entre todas las demás. Pero si algún alumno o alumna quedaba libre por faltas injustificadas o por mala conducta, la cosa se complicaba. Y no viajaba. Ya

había pasado años anteriores. Y ahora Eduardo “Cucho” Contreras era uno de los candidatos, junto a su archienemigo Agustín Morales, a quedarse sin el viaje soñado por esta guerra entre ambos.

II

VIAJAR CON LA IMAGINACIÓN



Carla esquivó el piedrazo de pura casualidad. Porque se agachó justito para atarse los cordones de las zapatillas. De no haber sucedido esto el proyectil hubiera dado en sus anteojos, una catástrofe para ella, porque su miopía era bastante avanzada y sin sus lentes no enfocaba nada. Y un drama para su familia, que cada vez que sucedía “un accidente” con sus anteojos o debía cambiar la graduación de los mismos, tenía que hacer un esfuerzo extra para llegar a fin de mes. Por eso Carla estaba becada. Y para mantener la beca sus calificaciones no podían ser bajas. Y leía mucho. Porque le encantaba. Y de paso aprendía un montón. Así que sin darse cuenta de que el universo conspiró a su favor esa mañana, se incorporó, tomó la mochila y corrió hacia la biblioteca donde la esperaban dos o tres novelas para “sacar” y disfrutar las va-

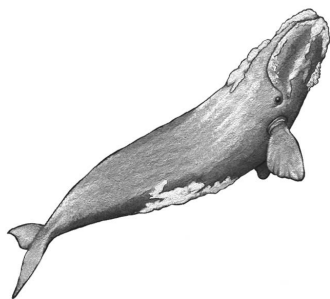
caciones haciendo lo que más amaba. Viajar con la imaginación.

Cuando ingresó a “su lugar en el mundo” encontró a sus mejores amigas Axia y Sofía secreteando, como siempre. Por algo eran las redactoras principales del segmento “Las Bellotas, frutos del Roble” del periódico escolar, donde contaban los sucesos principales de lo acontecido en cada cuatrimestre, especialmente en el segundo ciclo del nivel primario que era lo más interesante. Por sugerencia de Inés la bibliotecaria, el periódico se imprimía en formato físico y digital.

Los ejemplares en papel se dejaban en la biblioteca y para los digitales había un código QR. El proyecto del periódico escolar tenía mucho éxito, porque también se publicaban cuentos, poesías, chistes y adivinanzas. Uno de los chicos de quinto era un capo dibujando manga y animé, su historietita “Las aventuras de Kan Hi Huán el guerrero” despertaba fanáticos. Una de las alumnas de sexto utilizaba diferentes técnicas para ilustrar, su mamá era la profesora de Artes Plásticas, así que Inés le pasaba los textos que recibía y ella expresaba todo su arte con acuarelas, lápices y collages.

III

LA CIUDAD DE LAS BALLENAS



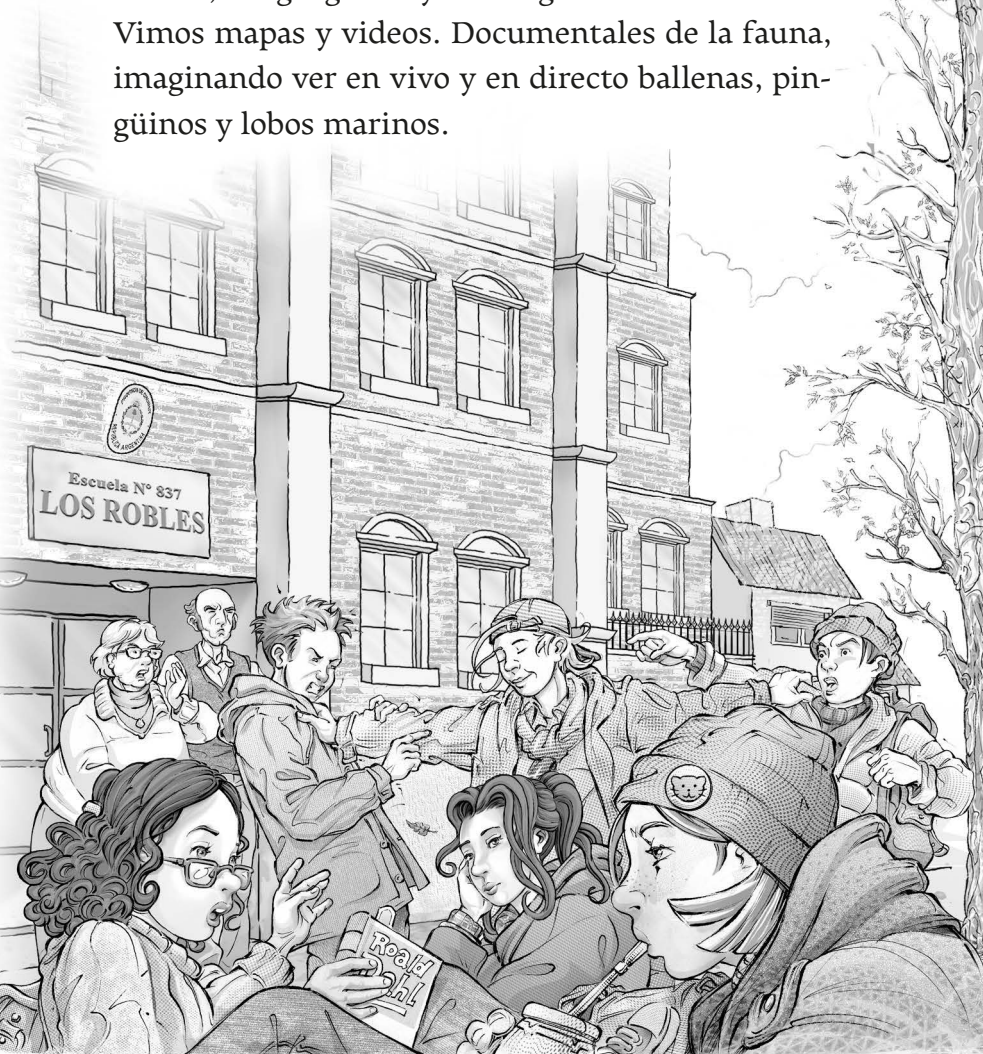
Durante las vacaciones de invierno, la clase siguió dividida y más beligerante que nunca. Hubo una competencia feroz a través de las redes y aplicaciones: fotos y videos que ambos grupos publicaban con el único objetivo de competir y medir que “team” la estaba pasando mejor, ya fuera porque tenían el plan más copado o porque se estaban reuniendo más seguido..., daba igual. Los comentarios agresivos y bullneros resueltos con emoticones iban en aumento.

Pero era agosto, y con la vuelta a clases hubo una especie de tregua, por esto del viaje. Tampoco somos tan pavotes, así que fingimos ante los profesores que estaba todo bien entre ambos grupos.

Los directivos decidieron entonces que viajábamos todos. La familia Morales y la familia Contreras firmaron un “acta de compromiso de

buena conducta” en nombre de sus respectivos hijos a fin de evitar posibles complicaciones.

Entusiasmados por conocer Puerto Madryn, no hacíamos otra cosa más que hablar del tema. Los profes nos hicieron leer acerca de la historia de la ciudad, su geografía y sus lugares emblemáticos. Vimos mapas y videos. Documentales de la fauna, imaginando ver en vivo y en directo ballenas, pingüinos y lobos marinos.



Y por fin, dos semanas después, armamos los bolsos y mochilas. Mal dormidos pero con la misma intensidad de siempre, nos reunimos junto a nuestras familias en la vereda del colegio donde nos esperaba un ómnibus de doble piso para iniciar la primera aventura lejos de casa: seis horas y media más tarde y después de recorrer 463 kilómetros entraríamos en la Ciudad de las Ballenas.

